



a sí se llaman a sí mismos: hijos. No como se estilaba ahora, con finura de género, hijos e hijas. No agrupación, no asociación. Sin directivas, asambleas, reglamentos. No hijos de desaparecidos: solo hijos.

Pasó el 4, pasó el 11 de septiembre, pasaron las Fiestas Patrias, el 5 de octubre... Se agotaron los aniversarios. Para ellos, solo el dolor sin tregua. Durante 20 días, tres de los hijos mantuvieron la huelga de hambre más desolada e ignorada del mundo. A la puerta de la izquierda Cristiana enormes letras negras sobre fondo blanco decían HUELGA DE HAMBRE. Desde cierta distancia el letrero evocaba la risa de una calavera. La huelga de hambre se llamó Luciano Carrasco. Es el nombre del hijo de Pepe Carrasco, el hijo que se suicidó. ¿Tentación de la muerte? ¿Gesto de desesperación? ¿Grito de angustia?

Así hablan:

Nosotros ya perdimos. Cuando desaparecieron nuestros padres sentimos que se acabó la vida. Se nos acabó la esperanza de una vida feliz. Quedamos marcados para siempre. Es distinto ser esposa, ser madre, que ser hijo. Se aprende a mirar el mundo como hijo de un detenido desaparecido. A los 15 años, cuando empecé a pololear, un auto de la CNI andaba detrás. A los 17 andaba buscando a mi hermano detenido por comisarias, cárceles, cuarteles.

Despertamos al mundo con dictadura. Y fuimos discriminados. Teníamos un mote. Era como ser negro, como ser pobre, como ser judío entre los nazis. Nada podía cambiar esa situación. No teníamos una vida para atrás. No vivimos la Unidad Popular o la vivimos de manera confusa. No vivimos el



qué les hicieron antes de matarlos? Entonces, uno tiene rabia y tiene impotencia.

Uno ve que en esta democracia el tema no se va a resolver. Ni hoy ni en el futuro. ¡No se va a resolver! No es un problema de esperanza más o menos. A las "viejas" que tienen 80 años o setenta y tantos, ¿qué esperanza les queda para el resto de vida? Que ojalá se encuentren restos. A mí me quedan treinta o cuarenta años

Hijos

sueño. Alguien nos contó, los tios del Partido se acordaban...

La visión del mundo que uno se forma no tiene un antes y un después. Un antes democrático y un después de dictadura. Ellos están allá y nosotros estamos acá. Eso es todo. Ellos son nuestros enemigos y nosotros somos los enemigos de ellos. Nosotros hemos sido objeto de exterminio y tenemos que darles la pelea a ellos para sobrevivir.

Todo nos recuerda lo que perdimos. Un lugar común en una entrevista a un hijo: puchas, mi papá no estuvo en mi graduación... Me casé y mi papá no estuvo... tuve hijos y mi papá o mi mamá... Para nuestros hijos no hay abuelo ni abuela. No hay un viejito o una viejita en la casa. Siempre está la sensación de pérdida. Es permanente. Estará siempre. No es una pérdida nostálgica porque casi no vivimos con ellos. No es una pérdida para atrás. Es de hoy y para el futuro. Siempre está

la ausencia-presencia de los detenidos desaparecidos. Como no están, siempre están. En términos de vida cargamos una mochila demasiado grande de la que no podemos escapar. Simplemente no se puede. Una de las cosas aprendidas en estos años es que tenemos que llevarla no más. Y que por delante nos queda una larga condena.

Entonces, cuando nos planteamos la protesta en el tema de derechos humanos, nos planteamos así, de manera radical. ¡A mí no me vengan con cuestiones de explicamos propuestas más o menos! Y también: ¿Qué me vienen con huevás? ¿Qué me importa la ley de amnistía, que la deroguen, la anulen, la modifiquen, la cambien, le pongan azul, más verde a un artículo o a veinte artículos? El tema de fondo es si están dispuestos a hacer justicia o no. Punto.

¿Qué esperanza existe que alguna vez yo vea en la cárcel a los tipos que secuestraron a mi papá, a mi mamá, a mi tío, que los torturaron, quién sabe

más de vida y sé que de mí depende que haya más justicia o no. Porque nadie más va a hacer algo por eso. Nadie más. Entonces uno siente que le queda mucho. Hay un peso muy grande sobre una. Y ninguna inocencia. Porque ya no somos inocentes. Hemos visto cómo nuestras mamás se consumieron en huelgas, en velaciones y en ayunos. Estamos a 2003, a 30 años del golpe y apenas, quizás, estamos un poquito mejor gracias a ellas. Y más encima quieren echar para atrás ese poco mejor que estamos.

Hay una cosa que plantean los cabros que a la gente le ha costado entender: por qué plantearse cuestiones tan utópicas, dicen. ¿Por qué no se ponen objetivos que puedan alcanzar y que permitan poner fin a la huelga? A mucha gente, que no tiene la visión de hijo, esto le parece desesperado. Les parece un grito de angustia. ¿Y por qué no vamos a estar angustiados?

Así hablan los hijos.